

La fundación de Excusatis

Leonardo Velarde



Capítulo 1

La fundación de Excusatis

El cántico Merílico que se susurraba había llegado de los nómades polares del ártico. El grupo de mansos nómades de oriente se asentaron en la colina del ojo Oriente mientras los que coreaban el susurro ártico, comenzaron a cultivar vallas en temporadas bajas de caza. Yo, Artlente de Guinessa, era el hijo del responsable del fuego nocturno. Los cánticos Merílicos eran la única forma que se tenía para ahuyentar a los espíritus Malayanes de Occidiana que traían la mala fortuna para el pueblo entero. Mi padre era Geminio de Guinessa y él había propuesto el sedentarismo agrónomo en las llanuras del próximo baraje. Honestamente los seguidores del clan de caza, decidieron ignorar la petición o, mejor dicho, la propuesta de mi padre. Habiendo pasado el invierno de la no caza, el jefe del clan de caza y el jefe del clan del suelo, se dedicaron a recolectar todo lo que se pudiera para continuar el viaje. Los nómades habían partido y nosotros nos quedamos apoyados, padre y yo, sin embargo los viejos de Cánulo y Sorima se también nos acompañaron. Padre había exigido ser escuchado, pero los dos clanes solo pasaron sin prestar atención a la propuesta.

Los cuatro nos quedamos ahí, acompañados de Apoli, del clan Mar, la mujer con la que me había enlazado en el ritual de las casas y clanes, la única mujer en nuestro reducido grupo.

Al principio padre había ideado un sistema básico de recolección que se parecía o, mejor dicho, calcaba el del clan del suelo, pero con la diferencia de cantidad, se recolectaba menos y las semillas eran regresadas al suelo para honrar la tierra. La caza, por otro lado, se volvió un tanto compleja. Cánulo y Sorima eran dos vejetes que no tenían ni idea de lo que significaba cazar, ellos eran los maestros del conocimiento dentro de nuestro grupo nómade. Así que los únicos aptos para la responsabilidad de cazar carne, éramos padre y yo.

Los roles quedaban bien definidos, Cánulo y Sorima iban a recolectar del suelo y Padre y yo cazábamos. Apoli era la única sin papel, pero llegó a adaptarse al ser la responsable del fuego nocturno y los cánticos Merílicos.

Al poco tiempo de empezar el sistema, único para nosotros, un grupo de nómades orientales, con la cabeza libre de cabello, llegaron a nuestro pequeño asentamiento. Eran cerca de nueve hombres que casi no

intercambiaban palabra alguna, pero nos ayudaban con una serenidad y se comunicaban con lenguaje extraño, al poco de integrarlos en nuestro grupo, nos enseñaron palabras diferentes y cómo cultivar; nos mostraron que plantando las semillas y regándolas nacerían nuevos frutos para consumo. Éramos una pequeña comunidad independiente.

Apoli al poco tiempo quedó fertilizada y dio a luz a Remo y Greta, mis hijos, los primeros. Sin embargo, durante una temporada, entre lloviznas que el dios del agua nos trajo, Greta murió de un accidente en el río. Ese día cambió mi vida. El impacto de ver al fruto de tus entrañas siendo arrojado al río mismo, suplicándote que le ayudes es impactante, queda en la conciencia, sin embargo lo peor es no poder hacer nada al respecto, no pude ayudar a mi propia hija. Remo, al poco tiempo, enfermó de gravedad. Apoli murió cuando quedó fecundada por segunda vez y dio a luz a un hijo muerto, ella misma terminó muriendo al no tener parteras que cuidaran de ella. Padre un día jamás despertó y Cánulo y Sorima también le siguieron, pese a que ellos deberían haber sido los primeros. Los únicos sobrevivientes de esa temporada de muertes, fuimos los nómades orientales y yo. Pero al acabar la temporada, se fueron en busca de un asentamiento. Yo, entonces, me había quedado en medio de la nada, muerto en vida, sin motivos.

Sin embargo, pasó el tiempo mientras seguí implementando el sistema que padre había inventado y los nómades orientales ayudaron a construir.

Un día no aguanté la barbarie de seguir solo. La temporada de invierno llegaba y salí a sentarme bajo el árbol viejo que estaba en la orilla del río donde Greta había muerto. Me quité mi ropa, me quedé con el cuerpo descubierto y les grité a todos los dioses del cielo esperando respuesta divina. «¿Por qué a mí?», les gritaba. No comí, el frío caló por mi piel y los huesos dolían, pero no me levanté de ahí, debajo de ese árbol. Tosía mientras mis piernas temblaban. Casi morí en aquel lugar. Pero jamás claudiqué, necesitaba una respuesta divina. Cierta día nublado, en la madrugada mientras los búhos canturrean, una fiera bestia, parecida a los felinos del monte de Cabaresco, me miró a los ojos, y yo solo pensaba que sería la comida de aquel monstruo. Supongo que vio algo en mí, se detuvo y solo me miró detenidamente; bajó la cabeza y se acercó, me tocó el brazo y se acurrucó sobre mi pierna, se quedó justo ahí, durmiendo junto a mí.

Al otro día me desperté y no hallé al felino, sin embargo supe que había estado ahí, quizá mi hijo había reencarnado de cierta forma en el animal, o quizá mi hija, o tal vez Apoli o mi padre.

Me preparé con comida suficiente y salí como nómade en busca de alguna otra señal, busqué hasta llegar a una colina y ahí encontré a una

loba cuidando a dos niños, a dos pequeños que me sonrieron. Ahí mismo ellos edificaron Excusatis.